do Nuestro Señor presentado su divino Corazón para que en él encuentren un refugio las almas en las pruebas de estos últimos tiempos, me parece que este librito entra en sus misericordiosos designios, y sólo con este título me atrevo á contar con la bendición de Aquél por cuyo amor lo emprendo.

Varios de sus capítulos me han sido inspirados por una excelente obra del gran siervo de Dios, el venerable P. Eudes, uno de los sacerdotes de mayor celo apostólico en el siglo XVII. Abrasado de amor á los sagrados Corazones de Jesús y María, dice de ellos cosas maravillosas en su tratado del *Corazón admirable de la Madre de Dios*. A él tendrás que agradecérselo, lector amigo, si estas breves páginas te producen algún bien, como deseo.

MODO DE SANTIFICAR EL MES

DEL

SAGRADO CORAZON

Laudable costumbre, que quisiéramos ver extendida y religiosamente practicada, es la de consagrar un mes entero á alguna de las principales devociones aprobadas por la Iglesia, pues de los medios de honrar cualquier misterio, sea de nuestro Señor Jesucristo, de la Santísima Virgen ó de algún Santo, es este indudablemente el más sencillo, más práctico y al alcance de todos. Ese corto ejercicio repetido todos los días durante un mes, esa piadosa lectura que nos presenta la misma verdad bajo todos sus aspectos, impregna poco á poco al alma de la gracia de Dios hasta llegar á sus profundidades; es como una lluvia suave y no interrumpida que penetra la tierra mejor que los fuertes aguaceros de una tempestad, abundantes, pero pasajeros.

Vemos, por ejemplo, que la admirable institución del mes de María ha contribuido eficazmente á propagar por todo el mundo el culto y amor á la santísima Virgen; y no faltan parroquias y familias que

deben á tan santa y poética devoción su renovación completa.

Además del mes de Mayo, la piedad ha consagrado Enero á honrar los misterios de la santa Infancia de Jesús; Marzo á honrar de un modo especial á San José; Julio á venerar los misterios de la preciosa Sangre; Noviembre á ejercer la caridad con las benditas almas del purgatorio; Junio, en fin, á honrar al adorabilísimo Corazón de Jesús.

Así, pues, te recomiendo encarecidamente, piadoso lector, que no dejes de celebrar todos los años el mes del sagrado Corazón con la misma exactitud y devoción que el hermoso mes de María. La gracia del divino Corazón de Jesús es tan santificante, que de ella reportarás frutos copiosos de salvación. Si no puedes asistir á la Iglesia, celébralo en casa con tu familia; y si tampoco pudieres ésto, celébralo solo en particular. Pero, por poco que puedas, procura celebrarlo en común; pues la oración así hecha tiene mayor eficacia, obliga más, proporciona mútua edificación, y hace que se recoja el fruto de la promesa que Jesucristo hizo á sus Discípulos: «Donde quiera que dos ó tres estén reunidos en mi nombre, Yo estaré en medio de ellos.»[1]

Para celebrar dignamente en casa el mes del sagrado Corazón, será bueno arregles un altarcito acomo-

1 Matth. XVIII, 20.

dando en él un crucifijo, ó mejor una imagen del sagrado Corazón, y adornándolo con flores y luces. No desdeñes estos pequeños detalles, pues influyen poderosamente en la piedad, que necesita por lo común auxilios exteriores para dedicarse á las cosas de Dios. Deja, si puedes, encendida todo el mes una lamparilla delante la santa imagen, y no omitas un solo dia el ejercicio acostumbrado, para cuya práctica puedes valerte de este librito.

Puesto de rodillas, y después de recogerte por algunos momentos, pensando que Dios te ve, haz la señal de la cruz, y reza la letanía del sagrado Corazón de Jesús que encontrarás al fin. Luego lee el capítulo correspondiente á cada día,[1] y dedica algunos minutos á penetrarte bien de lo que hayas leido, á excitar en tu corazón sentimientos de adoración, de amor, de arrepentimiento, y á tomar algún buen propósito. Para terminar este ejercicio podrás rezar la hermosa letanía del inmaculado Corazón de María, el Acto de desagravios y el de consagración, que hallarás también al final.

Además de esto, harías muy bien en comulgar durante este mes con más frecuencia que de costumbre y con todo el fervor posible. No olvides que el vier-

1 Damos al mes del sagrado Corazón "treinta y tres días" en honra de los treinta y tres años que vivió en la tierra nuestro Salvador. La Santa Sede ha bendecido este pensamiento, concediendo indulgencias á los que lo practiquen en dicha forma.

nes es un día especialmente consagrado al culto de tan amoroso Corazón, según el encargo expreso del mismo Jesucristo á su gran sierva Margarita María Alacoque. Acércate, pues, á la sagrada Mesa todos los viernes del mes para honrar especialmente al sagrado Corazón de Jesús y los misterios de su amor.

Haciéndolo así, satisfarás los deseos de nuestro amado Pontífice Pio IX, que tanta gloria ha dado al divino Corazón, y que no ha mucho, escribiendo á un obispo, le decía: «Nada deseamos tanto como ver á los fieles honrar, bajo el símbolo de su santísimo Corazón, la caridad de Jesucristo en su Pasión y en la institución de la Eucaristía; deleitarse contínuamente en tan gratos recuerdos, y renovar contínuamente su memoria.»

A ese amorosísimo Corazón acudamos con confianza; Corazón siempre inflamado de amor por nosotros, aunque tan mal correspondido; Corazón que encierra todos los tesoros de la misericordia divina; que encuentra sus mayores delicias en estar entre los hijos de los hombres; el más poderoso de todos los corazones, de los cuales dispone á su gusto, y cuyos más secretos resortes mueve; altar en el cual se ofrece el único sacrificio de los cristianos, en el cual deben nacer y vivificarse nuestros votos si queremos que lleguen hasta Dios, y á cuyas plantas aprenderemos la ciencia de las ciencias, la única necesaria, la ciencia del verdadero amor, de la verdadera felicidad.

EL SAGRADO CORAZON DE JESUS

I

Como Nuestro Señor Jesucristo reveló milagrosamente el misterio de su sagrado Corazón por medio de la beata Margarita María Alacoque.

Esta santa Religiosa, que vivió en el siglo XVII, fué objeto de frecuentes y extraordinarias manifestaciones del adorabilísimo Corazón de Jesús. Pertenecía á una honrada familia de la magistratura, de Borgoña. Después de una juventud inocentísima y probada por todo género de trabajos, entró en 1671 en el monasterio de la Visitación de Paray-le-Monial á la edad de veintitres años, y en él murió santamente en 1690.

Cuatro siglos antes Santa Gertrudis, abadesa benedictina de Heldelfs en Alemania, nos anunciaba la devoción al sagrado Corazón de Jesús como el gran remedio opuesto por Nuestro Señor á la decrepitud del mundo; pero Dios al parecer tenía predestinada á la beata Margarita María para ser el apóstol del culto al sagrado Corazón, y á ella efectivamente se debió, de un modo especial, con la aprobación de la Santa Sede, su propagación en la Iglesia. «A Mar-